

XIV. SANTOS MARIANOS

16 de junio de 1983

Muy queridos todos en SM:

Me considero persona de buena memoria, sobre todo cuando se trata de deudas, propias, pues soy olvidadizo para las ajenas. Hace ya tiempo, cuando les escribí sobre la piedad popular o católica, pensaba decirles algo sobre los santos; quedó en el tintero; lo saco hoy, aunque en un diferente contexto. Me propongo presentarles como modelo algún *santo mariano*.

1. DEVOCION A LOS SANTOS

Vivimos en una comunión sin frontera.

Ustedes ya saben que soy muy devoto de los santos. Mi devoción se basa en varios *motivos*, pero hay uno que es clave de bóveda: la solidaridad sobrenatural y la catolicidad de la Iglesia.

Esta solidaridad la conozco por experiencia, y sé que es verdadera pues me la confirma la Iglesia cuando me habla de la *comunión de los santos*. Esta comunión *significa que los aún peregrinos –nosotros– los que se purifican en el purgatorio y los que gozan de Dios en el cielo, formamos una sola familia, la familia de Dios.*

Creer en esta comunión es testimoniar que la catolicidad o universalidad de la Iglesia no se detiene en los límites de nuestra historia; por el contrario, se proyecta en una solidaridad sobrenatural tan amplia como el misterio de la gracia o favor de Dios. Aún más, sabemos que esta solidaridad se extiende a toda la creación, la cual gime y gemirá con dolores de parto hasta que nosotros seamos manifiestamente hijos del Padre Dios (cf. *Lumen gentium*, 13, 49; *Gaudium et spes*, 39).

Desde siempre, desde los orígenes, los cristianos hemos profesado una honda veneración a aquellos hermanos que, habiendo imitado a Cristo e identificados con él, se durmieron en su paz. La conciencia de comunión que reina en el Cuerpo de Cristo nos lleva a guardar reverente memoria de nuestros difuntos, en especial de aquellos cuyas vidas y muertes testimonian la del Señor (cf. *Lumen gentium*, 50; *Sacrosanctum Concilium*, 10).

Tengamos esto bien claro: el *fin último* de nuestra devoción a los santos es la gloria de Dios. Apelo a una voz autorizada, la del Concilio: "Todo genuino testimonio de amor que ofrezcamos a los bienaventurados se dirige, por su propia naturaleza, a Cristo y termina en él, que es la corona de todos los santos, y por él va a Dios, que es admirable en sus santos y en ellos es glorificado" (*Lumen gentium*, 50).

¿Para qué sirven los santos?

Pero lo anterior no quita que nuestra veneración se apoye también en motivos secundarios y haga pie en *fines mediatos*. Efectivamente, por estar íntimamente unidos a Cristo, los santos:

- Consolidan más eficazmente a la Iglesia en su santidad.
- Ennoblecen el culto que nosotros ofrecemos a Dios acá en la tierra.
- Contribuyen de múltiples formas a la dilatación y edificación de la Iglesia.
- Remedian nuestra debilidad con su fraterna solicitud.

- Nos mueven a buscar con más ahinco el Reino de los cielos.
- Nos enseñan el camino más seguro para llegar a la santidad.
- Nos muestran el rostro de Dios, que en ellos nos habla y ofrece un signo del Reino.
- Nos unen más estrechamente entre nosotros y con Cristo (cf. *Lumen gentium*, 49-50; *sacrosanctum Concilium*, 104)

Interrumpo, porque está sonando la campana; es la hora de la misa. Me da mucha alegría, pues la eucaristía me ha sido siempre un lugar privilegiado de encuentro con los santos. Se trata de una enseñanza común, de hoy y de siempre: "Al celebrar el sacrificio eucarístico es cuando mejor nos unimos al culto de la Iglesia celestial, entrando en comunión y venerando la memoria, primeramente, de la gloriosa siempre Virgen María, mas también del bienaventurado José, de los bienaventurados apóstoles, de los mártires y de todos los santos" (*Lumen gentium*, 50)...

...Y acá estoy de vuelta. Viví lo que les decía hace un rato, antes de ir a celebrar. No me encontré solamente con cantidad de amigos, sino que también me enseñaron en qué consiste el *verdadero culto* a sus personas: no tanto en multiplicidad de actos exteriores cuanto en la intensidad de un amor activo, por el cual, para mayor bien nuestro y de la Iglesia, buscamos en ellos:

- El ejemplo de sus vidas.
- La participación en su intimidad
- La ayuda de su intercesión (cf. *Lumen gentium*, 51).

Me ha enseñado mi corta vida –atención que ya pasé la barrera de los cuarenta– que, si seguimos el ejemplo de sus vidas, entraremos en el misterio de su intimidad y estarán a favor nuestro intercediendo por nuestra causa.

2. UNA SANTA MODELO

Vayamos a un encuentro personal con la santidad

Sigamos entonces sus *ejemplos*. Pero, en concreto, ahora, ¿qué ejemplos y de quién? Ya sabemos que vivir con María es tomarla como modelo. De hecho, ella es el Modelo. La miro, me mira, calla. Concluyo que no es hoy su deseo que presente sus ejemplos. ¿Y José? Está silencioso y con los ojos bajos... ¡Algún día me mirará y hablará!

María, Madre, ¿a quién presento? Quisiera presentar a alguien que se te haya dado por entero, algún hijo o hija muy cercano a tu corazón materno. Qué elección más difícil: ¡todos los santos cristianos son marianos!

Se me presentan dos flores, las reconozco enseguida: santa Rosa la limeña y la Azucena de Quito. Estando ya cerca de mí, se colocan a un lado y dan el paso a una tercera flor... Se me acerca una joven revestida de luz y que irradia embeleso. La contemplo admirado: ojos garzos, boca casi grande, mentón y pómulos acentuados, nariz corta... ¡Ya sé quién es: *Teresita Martín*, la santita de Lisieux!

Teresita me entrega unos cuadernos manuscritos. Con una rápida ojeada me entero de su contenido: se trata de sus escritos autobiográficos; ella misma corrobora mi juicio, me dice: "Son la historia de un alma, la mía".

Y, de repente, me despierto: ¡me quedé dormido mientras escribía! ¡gracias a Dios nunca me sucedió cuando les hablaba! Se ve que tenía necesidad de soñar. Voy a la biblioteca, busco y traigo

la edición facsimil de los manuscritos autobiográficos y otros volúmenes con las obras de Teresa. Y me pongo a leer y a pensar... Veamos cómo puedo poner un poco de orden y programar lo que resta de esta carta.

Trataré de presentarles a *Teresa como un modelo de vida por, con y en María, para Jesús*; como modelo de vida cristiana marianizada. Sin que yo les diga nada en particular, ustedes mismos caerán en la cuenta y descubrirán en Tere un ejemplo elocuente de contemplativa en María. Pero antes, una palabra sobre ella misma y otra en cuanto modelo.

Teresita de Lisieux en persona

Su vida nos es conocida, pero su *personalidad* no tanto. No preciso ser grafólogo para interpretar su escritura: a través de ella su persona se refleja hasta la evidencia, no hay más que mirar.

Inteligencia aguda y racional, casi masculina. Pero unida a una gran capacidad de sentir y enternecerse ante todo, en especial ante lo pequeño. Su afectividad es bien femenina y al mismo tiempo muy propia y original. Es capaz de expresar la verdad y la belleza por medio de la música, la pintura y las letras.

Teresita posee una buena intuición, puede penetrar en los recovecos de su alma y en la de otros. No está exenta de peligro de engolfamiento o encerramiento en sí misma. Tiene, no obstante, gran capacidad de relación, la ayuda su prudencia y delicadeza de trato, inspira confianza.

Volviendo a la afectividad: posee una sensibilidad acentuada, impresionable. Es vulnerable a las actitudes de otros para con ella y, al mismo tiempo, siente hondamente las necesidades ajenas. Le gusta que se ocupen de ella y ocuparse de los demás. El dolor físico y el sufrimiento interior pueden serle un verdadero martirio y tormento.

Sabe sublimar su coquetería, no es sensual. Tiene un encanto peculiar capaz de atraer al varón sin que éste se dé cuenta. Su presencia despierta un delicado respeto, ayuda a elevar y clarificar las pasiones.

Como pueden ver, Teresita posee una personalidad atrayente; esto hace naturalmente de ella un *modelo*. En efecto, los modelos atraen e invitan a la imitación. Los modelos son personas que encarnan valores, los testimonian, permiten intuirlos e invitan a hacerlos propios. Los modelos modelan, pero sin producir copias. Santa Teresita ha sido, es y será un modelo para grandes y chicos, varones y mujeres, casados y célibes, chinos y argentinos, peruanos y rumanos.

Y ahora sí comienzan a desfilar bajo mis anteojos las páginas de sus *obras*: manuscritos autobiográficos (MA), cartas, poesías (P), recreaciones, plegarias, últimas conversaciones (UC). Toda su vida va latiendo en mi propio corazón y comienza a circular por mis venas sangre mariana.

En Teresita descubro doctrina, devoción y experiencia íntima. El monograma JMJT (Jesús, María, José, Teresa de Ávila) con que se inicia su autobiografía lo dice casi todo. Y lo que falta lo completa el título: "Historia primaveral de una florecilla blanca". Y no quedan resquicios para dudas cuando ella misma afirma ser *la florecilla de la Santísima Virgen*.

Las cartas son también ricas en contenido mariano. Cuatro de ellas, enviadas a su hermana Celina (fechadas el 31-XII-89; 10-V-90; 10-X-92 y 24-XII-96), no hablan sino de María. Sus poesías no se quedan atrás, pero hay una que se lleva la corona, pues es un desborde del corazón filial de Tere; la titula "Por qué te amo, oh María". Las últimas conversaciones con sus hermanas de claustro ofrecen un ejemplo único de magisterio oral.

Pequeña doctrina de una gran santa

Si me pidieran sintetizar en tres palabras las *características* de la espiritualidad y doctrina marianas de Santa Teresita, diría lo siguiente:

- *Evangélica*: la vida real de María, y no la supuesta.

- *Humana*: María es tan sencilla como nosotros.
- *Pastoral*: es más para imitar que para admirar.

Estas estrofas de su postrer poema mariano nos permiten ahorrar palabras propias y escuchar las de ella:

Para que una hija pueda querer a su madre
es preciso que ésta llore con ella y comparta dolores.
¡Oh mi Madre querida! en esta extranjera orilla
para atraerme a ti, ¡cuántas lágrimas lloraste!...
Meditando tu vida en el santo Evangelio,
a mirarte y acercarme a ti me atrevo.
No me cuesta creer que soy tu hija,
pues mortal y doliente como yo te veo...
(P, 54:2; cf. *Uc*, 20-VIII y 21-VIII).

Las características señaladas dan colorido y forma mariana a su doctrina del "caminito" o infancia espiritual. Camino que lleva a la ofrenda victimal, al Amor misericordioso, ofrenda confiada a María, Madre querida, para que ella la presente a la bienaventurada Trinidad. No me parece exagerado decir que Teresita es la doctora del camino mariano de la infancia espiritual.

Pero, ¿qué textos escojo? Pocos, pues lo mucho apoca. ¿Cómo los ordeno o sistematizo? Como nos gusta y estamos acostumbrados.

En los brazos de María Medianera: por María

Santa Teresita vivió y nos enseña a vivir *por María*: la Mediadora obró activamente, Tere lo supo y lo proclamó.

La carmelita de Lisieux tuvo siempre una aguda conciencia de la intervención mediadora de María en su vida. Esta conciencia se tradujo espontáneamente en una invocación confiada y grávida de resignación.

La Virgen es para Teresa la Madianera de toda gracia. De aquí que escriba: "Si me sobreviene una inquietud, un apuro, pronto acudo a la Virgen y ella, como la más tierna de las madres, siempre se encarga de mis intereses" (*MA*, "C", f.26).

Y no se encarga sin más; María responde con presteza y Tere corresponde con confianza bien sabida: "...Jamás ella deja de protegerme apenas la invoco" (*MA*, "C", f.26). "Cuando me dirijo a los santos, me hacen esperar un poco; se ve que deben presentar su petición; pero cuando pido una gracia a la Santísima Virgen, recibo inmediatamente la ayuda" (*UC*, varia, 1).

Y, atención, la confianza de Teresita no desfallece ante el aparente silencio o negativa; todo lo contrario, crece sin medida. La resignación es signo inequívoco de amor. El 23 de agosto, desde su cátedra de dolor, la doctorcita sentencia: "Cuando se ha pedido algo a la Virgen Santísima y ella no nos escucha, es señal de que no quiere. Entonces hay que dejarla hacer a su gusto, y no preocuparse" (*UC* < 23-VIII). El que ama acepta la voluntad del amado, en lo chico y en lo grande, aun en el dolor y los deseos de partir hacia el cielo: "Que haga lo que quiera". "Dejémoslos obrar allí arriba". "Y si tu no me concedes esto, te amaré más todavía" (*UC*, 6-VI; 15-VIII; 17-VIII).

Maternidad de María : en María

María medió las gracias de vida y la vida de gracia. Medió engendrando, alimentando, cuidando. Medió como madre y Teresa vivió *en ella* como hija.

En efecto la maternidad espiritual de María es el misterio central de la doctrina, devoción y experiencia íntima de Santa Teresita.

El punto de partida es la cima del Calvario. ¿Cómo entiende, qué conoce y qué nos dice de María junto a la cruz? Comentando Juan 19:25, Teresa canta:

El Salvador conocía tu inmensa ternura
y los secretos de tu corazón maternal
Refugio de pecadores, es a ti quien nos deja
cuando abandona la cruz para esperarnos en el cielo.
(P, 54:22).

En otro poema, en que representa una acción de la vida mediante el diálogo de personajes imaginarios, compuesto el 8 de febrero de 1897 como recreación piadosa, Teresita responde a fray Agustín, quien le pide una palabra sobre María, valiéndose del santo de Kotska:

San Estanislao con un acento de ternura indecible:

"¡La Santísima Virgen!... ¡Ah!
¿Qué podría yo decir acerca de ella?...
¡¡Es mi Madre!!!

Todo y lo más que Tere puede decir de María, con ternura indecible y triple exclamación admirativa, es: ¡¡¡Mi Madre!!!

Ya les he dicho que Teresa es bien femenina, mujer cabal, capaz de ternura infinita. Su Madre, María, posee asimismo una inmensa ternura. El resultado se impone. A propósito de su visita a Nuestra Señora de las Victorias de París, cuando contaba catorce o quince años, escribe: "Yo no podía ya darle otro nombre que el de 'mamá', pues me parecía aun más tierno que el de Madre" (ÈMA, È"A", f.57).

Si María es mamá, ¿quién es Jesús para Teresa? Que se lo diga ella misma, no sea que a mí no me lo crean: Jesús es "mi pequeño hermano", "mi hermano querido", "mi amadísimo hermano", "mi divino hermanito" (P,21:4; 31:5;5 54:10, etc.).

¿Y san José? No está lejos, ¡faltaba más! El testimonio lo da Teresita: "Desde mi infancia yo tenía por él una devoción que se confundía con mi amor por la Santísima Virgen" (ÈMA, È"A", f.57). Pero no se trata de una devoción infantil y pasajera; estando ya en el Carmelo compone un poema "A nuestro Padre San José" que concluye así:

Después del exilio de esta vida
tenemos el dulce anhelo
de iros a veros al cielo
Al lado de nuestra Madre, María.
(P, 14:5)

A ver si resumo algo de lo que antecede, no sea que nos quedemos con las manos vacías. Jesús en cruz, conociendo la ternura inmensa del corazón de María, nos la da como Madre. Teresita, enternecida, la reconoce como mamá. Jesús, en consecuencia, es su queridísimo hermano. Esta relación es causa de gran gozo y confianza; escribiendo el 9 de mayo de 1897 al P. Roulland, le dirá: "¡Qué dicha pensar que esta Virgen es nuestra Madre! Puesto que nos ama y conoce nuestras debilidades, ¿por qué hemos de temer?"

Agrego algo notable, original hasta la audacia. Si no proviniera de una santa, sonaría atrevido. Puesto que María es su Madre, Teresa no vacila en pedirle que la amamante al igual que lo hizo con Jesús (P, 24:4): ¡la leche de María es el pan eucarístico! (P, 1:5). Dado, entonces, que María es

Madre y Tere vive en ella, Teresa se aplica a sí misma el Magnificat (*MA*, "C", f. 4; *P*, 54:7); todavía más, Tere es también madre, es otra María:

¡Oh Madre amadísima! no obstante mi pequeñez,
como tú, yo poseo en mí al Todopoderoso.
Mas no me asusta mi debilidad,
el tesoro de la Madre pertenece a la hija
y yo soy tu hija, oh mi Madre querida.
Tus virtudes, tu amor, ¿no son míos?
Así, cuando la blanca Hostia baja a mi corazón,
Jesús, tu dulce Cordero, ¡cree reposar en tí!
(*P*, 54:5).

Me detengo un momento, quizás lo anterior pueda llevarnos a equívocos. Se podría pensar que Teresa andaba a la caza de experiencias místicas... Estas no faltan en su vida. Bastaría recordar la aparición de la Virgen de la sonrisa en aquel pentecostés de 1883, que la curó de una rara enfermedad (*MA*, "A", f.30); la íntima confirmación de dicha experiencia que tuvo lugar en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias el 4 de noviembre de 1887, (*MA*, "A", ff. 56-57); la gracia recibida en la gruta de Santa María Magdalena, al año y medio de estar en el Carmelo, y otras gracias de oración, por las noches, durante el silencio de verano (*UC*, 11-VI; cf. 7-VII).

La experiencia mística, decía, no falta en la vida de Tere; pero su camino es otro. Camino místico, por cierto, por lo escondido y transformativo, por estar fundado en la roca de la fe viva. Pero Teresa no desea apoyarse en fenómenos extraordinarios que debiliten la viveza y luminosidad de su vida teologal; de acá que diga: "¡Oh, no deseo ver a Dios en la tierra! ¡Sin embargo, lo amo! Amo también mucho a la Santísima Virgen y a los santos, y tampoco deseo verlos" (*UC*, 11-IX; cf. 4-VI; 5-VIII; 11-VIII).

María a nuestro lado: como María

Y hemos llegado al tercer punto que me proponía tratar. Teresita percibe y siente la atracción modélica de María, procura y logra imitarla, aunque sin copiarla. Vive *con María*.

La Virgen María es, en su pequeñez, pobreza y humildad, el modelo y estímulo de todos aquellos que avanzan por el caminito propuesto por Tere:

Muchos son en la tierra los pequeños,
y ellos pueden alzar sin miedo, a ti los ojos.
Es por el común camino, incomparable Madre,
que te place marchar para guiarlos al cielo.
(*P*, 54:17).

Este camino común, ordinario, es un camino heroico pero no brillante, virtuoso pero no ostentoso, y menos todavía ocioso. Es un camino estrecho, como todo camino evangélico; por él María guía y atrae. Escuchemos nuevamente a Teresita:

Tú me lo haces sentir, no es imposible
caminar tras tus huellas, ¡oh Reina de los elegidos!
Nos hiciste visible el estrecho camino del cielo,
practicando siempre las virtudes más humildes.
(*P*, 54:6; cf. *UC*, 23-VII).

Ahora bien, es sabido que los caminantes no caminan por simple andar: caminan buscando, caminan para hallar, para llegar. María avanzó por el camino de la fe y Tere la acompañó tomada de su mano. En los designios amorosos del Padre, la Virgen fue la primera en sufrir la pérdida de Jesús y su búsqueda a tientas; es por esto Estrella que brilla en las tinieblas del que busca:

Madre, tu dulce Hijo quiere que tú seas el ejemplo
del alma que lo busca en la noche de la fe.
(P, 54:15).

Cuando Teresa escribe el verso que antecede, conviene recordarlo, se encuentra atravesando un "túnel sombrío", invadido por espesas nieblas y atormentada por el deseo del cielo, cielo que por lejano parece no existir. (MA, "C", ff. 5-7). En esta dolorosa situación se le presenta María buscando al niño a quien hallará en el templo. Y no sólo se le presenta como ejemplo, sino también como intermediaria, de aquí esta conmovedora súplica:

Puede tomar de nuevo Jesús lo que me ha dado
Dile que por mí nunca se moleste...
Puede, si quiere, ocultarse, me resigno a esperarlo
hasta el día sin ocaso en el que se apagará mi fe.
(P, 54:116; cf. UC, 23-VIII).

Para llegar a Jesús

No hay la más mínima duda, Teresita de Lisieux es un sublime modelo de vida cristiana marianizada; de vida por, con y en María, *para Jesús*. ¿Para Jesús? ¡Claro que sí! María no es un fin en sí misma, remite siempre a su Hijo.

Aquella verdad tan conocida, *ir a Jesús por María*, se cumple a la perfección en Teresa. En su poema "Mi canto de hoy", dedica las catorce estrofas a Jesús y un par de significativas líneas a María:

Oh Virgen inmaculada; eres tú mi dulce Estrella
que me das a Jesús y que me unes a él.
(P, 5:11).

Mes y medio antes de su muerte, el 16 de agosto, tentada contra la esperanza, le confía a su hermana Celina: "¡Y no puedo rezar! Sólo puedo mirar a la Virgen y decir: Jesús". Su mirada a María la lleva a Jesús.

¿Queda aún algo más por decir? Parece que sí.

Teresa deseaba ser sacerdote para predicar sobre la Virgen (MA, "B", f.2; UC, 21-VIII). Claro está, nunca fue ordenada; pero esto no fue impedimento para que predicara. Mientras escribía esta carta, he tenido conciencia lúcida de su prédica y enseñanza. Los animo a ponerse bajo su magisterio mariano: no tienen más que comenzar a leer sus obras e invocar su asistencia.

Y concluyo como ella misma concluyó. El 8 de septiembre de 1897, sobre el dorso de una estampa, con mano temblorosa, escribió: ¡Oh María, si yo fuese la Reina del cielo y tú fueses Teresa, yo quisiera ser Teresa para que tú fueses la Reina del cielo. El amor había llegado a su cumbre, la amante deseaba dar su vida por la amada, al igual que Jesús la dio.

Una vez más, no nos equivoquemos. María es Reina porque es Madre, pero no es Madre por ser Reina. ¿Se entiende? ¿No? Entonces que lo explique Teresita: "Se sabe bien que la Santísima Virgen es la Reina de los cielos y de la tierra, pero es más Madre que Reina" (UC, 21-VIII).

Con un abrazo bien grande, todo y siempre en María de san José.

Bernardo